

Un oriente perpetuo



Fotografías de FRANCISCO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ

Fotografías de FRANCISCO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ

ORGANIZA Y PRODUCE

Centro de Cultura Contemporánea
Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Cooperación al Desarrollo
Universidad de Granada

FRANCISCO GONZÁLEZ LODEIRO
Rector

MIGUEL GÓMEZ OLIVER
Vicerrector de Extensión Universitaria y Cooperación al Desarrollo

RICARDO ANGUITA CANTERO
Director del Centro de Cultura Contemporánea

INMACULADA LÓPEZ VILCHEZ
Directora de Exposiciones

FRANCISCO JOSÉ SÁNCHEZ MONTALBÁN
Director de la Colección de Arte Contemporáneo

EDITA
Universidad de Granada

DISEÑO
Bodonia, S. L.

Depósito Legal: GR 2111-2011
ISBN: 978-84-338-5303-5



© De la edición, Universidad de Granada. Centro de Cultura Contemporánea
© De los textos, los autores
© De las imágenes, los autores

Un oriente perpetuo

Fotografías de FRANCISCO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ



ugr

Universidad de Granada
Vicerrectorado de Extensión Universitaria
y Cooperación al Desarrollo

Este catálogo está dedicado a mis tres amigos y compañeros de trabajo Alfredo López López, Francisco José Sánchez Montalbán y Rafael Peralbo Cano.

De la misma forma quisiera tener un especial agradecimiento a la Fundación Rodríguez-Acosta, al Centro de Cultura Contemporánea del Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Cooperación al Desarrollo de la Universidad de Granada y a todos aquellos que han posado para esta exposición; y muy cariñosamente a la labor y ayuda de Víctor Trejo que tanto ha aportado en la producción de estas fotografías.

Francisco Fernández Sánchez

La participación de nuestra Universidad en la muestra fotográfica de Francisco Fernández posee un doble valor. De un lado, en ella se expone la maestría que se plasma en la obra del fotógrafo natural de Torreblascopedro y afincado en Granada, siendo portador de una de las más sugerentes miradas creadoras en el arte actual; por otro, se valora la creación de un miembro querido y reconocido dentro de nuestra comunidad universitaria, donde imparte docencia como profesor de fotografía en la Facultad de Bellas Artes.

Para muchos es conocida la variada trayectoria del fotógrafo Francisco Fernández, su mirada y perspectiva única que han motivado siempre la atracción artística por crear imágenes siempre cargadas de un gran mensaje y belleza. En esta ocasión, con el despliegue de retratos que nos ofrece, procura un reconocimiento y un testimonio de identidades y presencias en los que reconocer la personalidad y la proyección interna de cada sujeto que es objeto de su creación, con la perspectiva subjetiva en su tratamiento, casi psicológica, y que subyace en su mirada sobre cada uno de los personajes que plasma.

Su título de *“Un oriente perpetuo”* enlaza con planteamientos anteriores, pues no es la primera incursión de Francisco Fernández en el mundo del retrato y donde nos tiene acostumbrados a exposiciones donde el diálogo entre la imagen de la persona y el trabajo del artista se unen con un mismo hilo creativo. Así, en el patrimonio de nuestra propia Universidad contamos ya con su obra. En los retratos institucionales de los decanos de las facultades de Comunicación y Documentación, Traducción e Interpretación, o bien de Humanidades de Melilla, se exponen imágenes elaboradas desde y por la mirada de Francisco Fernández y de las cuales nos sentimos legítimamente orgullosos.

Como Rector de la Universidad de Granada, al presentar esta gran exposición, quiero resaltar la estrecha y significativa colaboración que mantenemos con la emblemática Fundación Rodríguez-Acosta siempre dispuesta a extender el arte a la sociedad.

Esta exposición une a uno de los nombres más significativos de nuestra Universidad por su labor como creador, pero también por ser un inmejorable docente y por su gran calidad humana, con un recinto único para Granada donde el arte tiene su mejor expresión y la garantía de su defensa.

Francisco González Lodeiro
Rector

FRANCISCO FERNÁNDEZ
EL ENIGMA DE UN MUNDO EN BLANCO Y NEGRO

Hoy por tercera vez, y felizmente, Francisco Fernández expone sus obras recientes en el Carmen de la Fundación Rodríguez-Acosta. Recuerdo todavía el atractivo, la sorpresa y la fascinación que me produjo su primera muestra, en noviembre de 1993, en la que nos trajo una espléndida galería de retratos de personas relacionadas con el mundo de las artes y las letras, ligadas o vinculadas de algún modo a nuestra tierra y a nuestra ciudad. Era una colección de retratos, o más bien una selección, de miradas, gestos y actitudes que nos desvelaban el mundo o el trasmundo de cada persona.

Se percibía al enfrentarse a cada obra como si se levantara el telón en el escenario de un teatro para en ese momento poder percibir claves íntimas o personales de los retratados. Era como si uno, espectador en ese instante a pesar de conocer al amigo, al compañero o al personaje admirado, percibiera a través del retrato contemplado una visión añadida, o una clave nueva para entender su más sumergida e íntima personalidad.

Años después, en 2001, Francisco Fernández nos ofreció la colección más fascinante que se ha hecho hasta ahora de visiones y paisajes de los jardines del Carmen Blanco que acompañaban la espléndida monografía de Rafael Moneo dedicada al Carmen de la Fundación. Sus fotografías en blanco y negro constituyen, creo entender, el lenguaje y el modo más contundente y eficaz de expresión fotográfica, elegido, una vez más, por el fotógrafo para poder expresarse. La serie constituye un verdadero regalo para los sentidos y, más aún, es una clave de registros sumergidos o desconocidos que nos dan noticia o al menos pistas para entender la inagotable cantera de sugerencias de este jardín de Granada.

Hoy de nuevo, gracias al Centro de Cultura Contemporánea de la Universidad de Granada, este maestro, este mago de la imagen nos visita pertrechado de otra galería de retratos sugestivos, muchos de ellos, realizados en uno de sus escenarios predilectos, otra vez el Carmen. Sobre algunos de los retratados que ya repiten como modelos ha pasado el tiempo y sobre ellos muchas cosas más. Sobre otros, nuevos o renovados semblantes, aparecen gestos complacidos o melancólicos, triunfantes unos, impregnados otros de un rictus de turbación que tratan de esquivar bajo el brillo de sus ojos. Nos dicen cosas, nos ocultan otras, todos nos miran a través del objetivo, serenos o inquietos con el gesto pudoroso de la duda más íntima y suspensos en un instante eterno.

Miguel Rodríguez-Acosta
Abril de 2011

Con una de las siempre acertadas metáforas del poeta Antonio Carvajal inauguramos “Un oriente perpetuo” exposición de fotografía de Francisco Fernández donde se presentan cerca de 70 retratos magistrales en un marco formidable, la Fundación Rodríguez-Acosta; de la misma forma la edición de un catálogo que acompaña a la exposición completa y resalta la importancia de este proyecto para nuestra Universidad, al fomentar a un artista del que nos sentimos orgullosos y que ha sido, es y seguirá siendo un referente imprescindible en la creación artística en nuestro país.

Por ello, es para mí, como Vicerrector de Extensión Universitaria y Cooperación al Desarrollo, un motivo de particular satisfacción presentar esta exposición fruto de la colaboración que nuestra Universidad mantiene con la Fundación Rodríguez-Acosta a través del Centro de Cultura Contemporánea con la que ya hemos realizado varias y magníficas exposiciones. En esta exhibición Francisco Fernández nos enseña su última serie de retratos fotográficos, imágenes donde el fotógrafo nos hace reflexionar sobre la identidad y las simbologías de los escenarios en los que ubica a los personajes. Algunos de ellos como la Alhambra, el Palacio de Carlos V, el Hospital Real o la propia Fundación Rodríguez-Acosta nos llevan a comprender en sus mensajes elementos de gran fuerza estética que hace llegar a los personajes con gran precisión.

En estos años, he tenido el placer de conocer a Paco Fernández, no sólo como autor, ni como necesario coadyuvante al vuelo que Monti ha impreso a la Colección de Arte Contemporáneo, de la que él fue principal impulsor “ab initio”. Paco Fernández es, en mi opinión, y sobre todo, una persona excepcional: su generosidad, su magisterio sin pedir nada a cambio, su lealtad y amor a la Universidad, su “savoir faire” en los más diversos acontecimientos y su sentido de la amistad, por encima de cualquier- e importante- consideración institucional, me lo “fotografían” como un amigo entrañable, como “uno de los nuestros”, que diría Humphrie Bogart.

D. Miguel Gómez Oliver

Vicerrector de Extensión Universitaria y Cooperación al Desarrollo

La exhibición de la muestra fotográfica *Un oriente perpetuo. Fotografías de Francisco Fernández Sánchez* supone la consolidación de la colaboración iniciada hace ahora un año por el Centro de Cultura Contemporánea de la UGR con la Fundación Rodríguez-Acosta y que ha supuesto la organización durante este tiempo de tres exposiciones en las salas de la Fundación. En primer lugar, en la primavera de 2010, se presentó la exposición *Estampas de otros sueños*, una muestra colectiva conformada a partir de los fondos de grabados y estampaciones de la Colección de Arte Contemporáneo de la Universidad de Granada; ya en los inicios del actual curso académico, en el otoño de 2010, *Inter-cambios. Isidro Ferrer en Granada*, presentaba la obra del Premio Nacional de Ilustración 2006. Ahora esta tercera muestra supone, en cierto sentido, cerrar un círculo de este primer año de colaboración entre ambas instituciones culturales, ya que la obra expuesta es una creación del que fuera primer director de la Colección de Arte Contemporáneo de la Universidad de Granada, el fotógrafo y profesor de la Facultad de Bellas Artes "Alonso Cano" Paco Fernández.

En *Un oriente perpetuo*, Paco Fernández nos presenta una galería de más de setenta retratos realizados en su mayor parte durante los meses previos a la inauguración de la exposición, pero a los que se suman también algunos realizados a lo largo de los últimos veinticinco años tras el regreso a su ciudad. Se trata de una galería formada por rostros pertenecientes a diversos ámbitos de la cultura y la sociedad granadina y a los que suma también otros de personalidades próximas a ella.

En esta amplia galería de retratos en blanco y negro se observa el interés artístico de Paco Fernández por captar la imagen del fotografiado a través de la expresión natural y del gesto reconocible. Una labor de introspección artística que parte, por lo general, del previo conocimiento del retratado. La complicidad que envuelve sus sesiones fotográficas logra de manera fácil y fluida, a través del buen hacer profesional, este fin. Junto a ello, destaca la búsqueda de composiciones limpias y equilibradas en la distribución de volúmenes, manchas de tonalidades y luces, que conforman admirablemente el fondo –arquitectónico, paisajístico...- en el que se inserta el retrato.

Sin embargo, en mi opinión, y al margen de la excelente calidad de los retratos presentados, lo más destacado del proceso de creación artística, es lo que ocurre al otro lado de la cámara de Paco Fernández. No tanto en lo que refleja la lente fotográfica como en la mirada creadora que se sitúa delante del visor. Es un privilegio ver trabajar a Paco Fernández, observar la exquisitez y elegancia presentes en el momento de la creación como una prolongación lógica y natural de su propia personalidad. Por ello, la galería de retratos presentados en la Fundación Rodríguez-Acosta es, ante todo, un documento coral del profundo humanismo y bonhomía que caracterizan al artista y un certificado de amistad. Gracias, Paco.

Ricardo Anguita Cantero
Director del Centro de Cultura Contemporánea de la UGR

FRANCISCO FERNÁNDEZ ES FOTÓGRAFO

En el haber de las experiencias, comunes a tantos muchos, guardo intacta la hipnótica sensación que produce, entre las luces rojas del laboratorio y el olor a químico, contemplar la aparición misteriosa, y casi mágica de una imagen configurándose, negro sobre blanco, sumergida en la cubeta.

Este primer contacto con la fotografía, a medio camino entre la ciencia y la alquimia, se revive año tras año – y son ya veinticinco- en laboratorios como el que a finales de la década de los ochenta inicia su andadura en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Granada, de la mano de Francisco Fernández que, como se ha dicho antes, fotógrafo ante todo, también es profesor universitario.

En muy corto espacio de tiempo, estas impresiones que sin embargo se seguirán reviviendo en cada fotograma, van dejando paso, en un ciclo siempre nuevo que se sucede inexorable desde el nacimiento de la fotografía, a cuestiones de mayor calado, donde el neófito comienza a interiorizar y comprender, recogiendo fragmentos de un discurso que se interpreta a retazos, lo que debería ser una *buena fotografía*. La química se une a la palabra.

Y se constata, aquello que debieron sentir los pioneros que reclamaron casi en simultáneo a su invención, la autonomía de la fotografía como hecho creativo. Apenas afianzadas las primeras experiencias, ya se demanda para este medio una semántica propia, un discurso autónomo, superando la solo aparente objetividad del fenómeno luminoso.

La fotografía, de algún modo, puso en jaque a la pintura precipitando la quiebra de la representación en el sentido clásico de mimesis, pero al mismo tiempo, rechazando para sí misma actuar como simple espejo de la realidad.

Nelson Goodman, en “Los lenguajes del arte”, analiza con mucho acierto el conocido argumento de Gombrich de la inexistencia del “ojo inocente” o de la “mirada inocente”, sobre los que también profundizarán Gibson o Pirenne, acertando igualmente en el juicio generalizado de la ausencia de objetividad de cualquier medio artístico.

No descubrimos, a estas alturas, nada nuevo. Sólo hacemos evidente el logro que supone reiterar este acierto en todas y cada una de las imágenes que muestra “Un oriente perpetuo”.

Detener la mirada en cada uno de los retratos que Francisco Fernández muestra en el privilegiado marco de la Fundación Rodríguez-Acosta, a cuya arquitectura emblemática dedicó hace unos años un trabajo excepcional, supone constatar con el ejemplo, *lo que es una buena fotografía* y constatar la ausencia total de objetividad en una buena fotografía.

Cada uno de estos retratos habla del personaje (individuo, profesional, amigo), insertado con naturalidad mimética en un entorno cuidadosamente elegido donde sentirse cómodo, a pesar de saberse observado, siendo unas veces la arquitectura y otras tantas la naturaleza la que subraya y enmarca las figuras.

Nada fácil, y nada accidental.

Cada individuo queda plasmado en su gesto, compostura, la franqueza de la mirada, actitud... que lo define extrayendo tintes psicológicos, buscando no una mera presentación del retratado, sino un diálogo con el observador, a través de esa intencionalidad magistralmente analizada y estudiada del fotógrafo.

Nada más difícil, que parezca tan fácil.

En lo personal, al honor de la pose, se suma el agradecimiento y la sincera admiración por el resultado.

Inmaculada López Vílchez

Generalmente pensamos en Francisco Fernández como en un fotógrafo cercano; casi pensamos que es nuestro fotógrafo, aquel al que siempre recurrimos –o el que siempre está– para hacernos un buen retrato. Y es porque sabemos que Paco nos mira, a través de su cámara, de manera diferente. Mucho más allá del rostro, las fotos de Paco Fernández contienen elementos con los que no contábamos y que otorgan una armonía perfecta a la imagen. Por eso nos complace ponernos delante de su objetivo, ser presa y botín de su experta mirada, de su constante exploración de ojos y espacios, de luces y gestos, ..., mientras nos sondea, nos dispone, nos imagina en tonalidades argénticas en un trazado bidimensional y prodigioso.

En los escenarios arquitectónicos, como un vivo plató dispuesto para la magia, los elementos que intervienen están cosidos entre sí, compensándose mutuamente. Así, la iluminación natural goza de un pulcro protagonismo articulada con los elementos de atrezzo o estructurales.

Pero todo tiene truco. La fotografía de Francisco Fernández mira a la cámara; exige la compli- cidad del modelo eludiendo la espontaneidad y el azar en la creación. El grado de improvisación en pequeño. Se trata de retratos serios, circunspectos, trabajados en una artesanía de oficio reflexivo y visceral. Desde la seductora conversación de elegante charla nos conduce al lugar, nos induce al gesto, nos protagoniza en los escenarios; ..., nos estimula la pose; materiales necesarios para él que sin remedio selecciona, provoca y atrapa para su creación final.

Hay que desvelar que el fotógrafo tan sólo cumple el objetivo de situar al modelo en el sitio adecuado. Emplea fondos complementarios para que no llamen la atención y se integren con el modelo aportándole sentido y valores estéticos. El modelo es lo más importante y la luz la analiza de forma que no genere sombras extrañas en el rostro, buscando luces rebotadas o utilizando las directas a su favor. Francisco Fernández suele elegir la hora del día y el lugar; al principio o al final del día cuando la luz está más suave e incide angulada sobre el modelo sin generar fuertes sombras y contrastes, incluso días donde la iluminación es homogénea, cuando las nubes producen una luz blanda y tamizada.

Como digo, es todo un truco. Tan sólo hay que seleccionar la posición de las manos, los brazos y el tronco del modelo de forma que tengan relación simbólica con la personalidad y las ideas subjetivas y personales que se manifiestan. Del mismo modo que el uso de un buen punto de vista, normalmente evitando poses complejas y antinaturales. O la posición y la expresión de los ojos colocados estratégicamente en un mapa semántico donde los predicados se estructuran a su alrededor. Esta es la magia desvelada: comprender la mirada, hallar la fuerza expresiva en un gesto interior

que se traduce hacia fuera en un trance de desnudez del alma; incluso usted mismo podría hacer un retrato de este tipo: ajuste bien los enfoques y elija como él el punto correcto de nitidez. Mantenga en todo momento, sin tregua, un buen feeling con el modelo. Ahora, eso sí, dispone de milésimas de segundo para hacer todo esto.

Francisco José Sánchez Montalbán
Director de la Colección de Arte Contemporáneo
Universidad de Granada

El Carmen de la Fundación Rodríguez-Acosta, un hito de la arquitectura granadina, punto de inspiración y encuentro de artistas, y un foco de proyección de la cultura que irradia Granada, nos ofrece hoy la exposición *Un oriente perpetuo*, de Francisco Fernández, quien, a través de ella, nos presenta los rostros de setenta personajes representativos de distintos aspectos y momentos de la cultura granadina.

Todos y cada uno de ellos dialogan en plena armonía con este espacio que los acoge, el cual sirve de telón de fondo para la muestra y aporta un inmejorable marco para una obra tan especial.

Con esta exposición, nuestro compañero y amigo Paco Fernández, nos muestra una imagen de Granada, la imagen que él construye a través de esta galería de retratos: una selección de rostros que han sido, o siguen siendo, personajes significativos para la vida cultural en Granada, ya sea en el ámbito de la arquitectura, las artes plásticas, la literatura, la música, la gastronomía, la política..., de modo que, si está claro que *no están todos los que son*, lo que sí es seguro es que, lo han sido, y lo siguen siendo, *todos los que están*. Aunque cada uno de ellos nos es sobradamente conocido, sin duda, y lo más importante en este caso, es que todos, en su conjunto, cobran un especial valor al representar el gran significado que tienen también para él.

La facultad de Bellas Artes de Granada se enorgullece de contar con este gran fotógrafo entre su profesorado, cuya labor artística, que le ha granjeado el reconocimiento más allá de nuestras fronteras, no solo se ha centrado en la producción de su extensa y magnífica obra fotográfica, sino que se ha destacado también por la promoción que el ha hecho tanto del arte como de los jóvenes creadores, convirtiéndose en eje y motor de muchos e interesantes proyectos artísticos, en virtud de la gran actividad que ha desarrollado.

En este caso vemos conjugarse ambas facetas y con esta exposición nos muestra una amplia trayectoria de su labor, tanto en el terreno artístico como en el humano-social, a través de la relación personal que mantiene con estos grandes personajes de la cultura. Para él la cámara no es un objeto mecánico que recoge la imagen de la realidad de forma aséptica, sino que cobra vida y se transforma en una extensión orgánica de sí mismo que él controla y utiliza con gran maestría. Las fotografías, que ahora tenemos el placer de contemplar, están cargadas de expresión y sentimiento y, a la vez que reflejan el *yo* más interno que Paco Fernández ha sabido extraer de cada uno de sus modelos, adquieren un significado conjunto, como piezas de un gran y bello *collage* que él mismo construye a través de esta visión personal sobre la actividad cultural de Granada.

Víctor Medina Flórez

Decano de la Facultad de Bellas Artes de Granada

IMAGEN Y ESTÉTICA FOTOGRÁFICAS. LA POÉTICA DE PACO FERNÁNDEZ

Toda mi escritura, con mayor o menor fortuna, ha estado inspirada por mi preocupación teórico-artística. Mi interés en este momento, por tanto está dirigido a la valoración de la personalidad artística de Paco Fernández. Pasado el momento emocional representado por la inauguración de su exposición, la ceremonia del reconocimiento, alentada por la complacencia del propio retratista, plena de empatía, y no exenta de una ironía sobria, entiendo llegado el de la reflexión sobre la cualidad artística de su inteligente y rigurosa obra.

Si a Charles Baudelaire le fuera dado asistir al espectáculo de nuestro propio tiempo, a la cultura que conforman la obra de los propietarios de una cámara digital, la literatura o el pensamiento de las redes sociales, la creatividad y elocuencia de los usuarios del *powerpoint*, o la sin par experiencia de los marcopolos de la globalización –entre otras subespecies de una cáfila de atorrantes–, sin duda que la reacción del poeta-crítico dejaría tamaño al apocalíptico que evoca Marc Fumaroli en su libro *París-Nueva York-París. Viaje al mundo de las artes y de las imágenes*. Por lo que me dispongo a reclamar la consideración de arte, en el sentido fuerte, para la obra que se exhibe en el *Carmen Blanco*, con muy especial mención de las fotografías dedicadas a esta insólita arquitectura; arte, con toda su dificultad y magia. Con un aura inequívoca, una sustancia estética, que la reproductibilidad técnica en modo alguno resta a la verdadera expresión artística.

Los retratos no derivan su mérito, como es sabido, del parecido con el individuo objeto de la representación, que por ley artística, y por la mediación poética del creador, terminará cediendo su identidad, efímera, a la permanente de la imagen artística creada. La serena ironía cómplice de Paco Fernández, al contemplar la placentera reacción del reconocimiento por parte de los retratados frente a la obra, es en él consecuencia de su firme conciencia estética y del dominio de su arte.

Quisiera aplicar a la valoración estética de esta obra un modelo de conceptualización tan moderno como reciente. Entiendo que la creación de Paco se inscribiría dentro de lo teorizado por Seel en su libro *la Estética de la aparición* (Buenos Aires, Katz, 2011), recientemente glosado por Vicente Verdú en EL PAÍS. La “aparición” es el hallazgo literario o artístico dentro de la realidad circundante de una cualidad excepcional, que suspende el ánimo y provoca la emoción estética, imponiéndose sobre hechos y objetos carentes de su singularidad. No se puede explicar ni valorar, por lo que en primera instancia escapa a la crítica. Es, en realidad, la más íntima naturaleza de lo artístico.

Gracias a su poética los retratos de Paco funcionan como auténticas “apariciones”, en este sentido estético, y así lo confiesan los sujetos de los mismos. Sorprender la aparición es el concepto artístico de este creador, que él explica con rigor y sencillez. De este concepto, que preside todo el proceso creativo, resultan las secretas armonías que en las imágenes conmueven nuestra percepción.

Es “la salvación de la circunstancia”, de la que en términos orteguianos hablaba Lafuente Ferrari con respecto a los retratos velazqueños y su inabordable legado de modernidad.

La expresión se confía a un lenguaje artístico de extraordinaria inteligencia formal y eficacia estética. La poética del blanco y negro, enamorada de la luz y el espacio. Los retratos no se pueden entender sin la espacialidad que les es propia, que no supone ni azar ni mera complementariedad, porque tiene una semántica específica, la facultad de significar plenamente la figura en el lugar que el arte le asigna, francastelianoamente.

La “aparición” estética salva el alma individual, pero también el tiempo, el alma colectiva. La obra de Paco Fernández posee junto a su cualidad artística un especial valor histórico-cultural, No es una función vicaria, como predijera Baudelaire, al limitar la función del joven arte fotográfico a la de mero notario de la historia, profecía que en la contemporaneidad se ha incumplido. La forma de retratar el alma de su sociedad por Paco constituye un hermoso ejercicio poético coral, comparable a las “Comedias humanas” de Balzac o Galdós. Próxima a ellas en intensidad histórica y en esencia poética, nos permite acceder a través de su obra una vez más y con plenitud a la experiencia del arte, a sus inagotables placeres y dones, nos convierte en deudores eternos de su imprescindible para la vida.

Ignacio Henares Cuéllar
Director del Departamento de Historia del Arte
Universidad de Granada

LO ESENCIAL DEL BLANCO Y EL NEGRO

El escritor japonés Tanizaki narra en su *El Elogio de la Sombra* la visita que realizó al estanque del monasterio de Suma para contemplar la luna de otoño, esperando encontrarlo iluminado apenas por el fulgor plateado de la luna y su reflejo metálico sobre las aguas tranquilas en la noche. El paisaje, coloreado en una resplandeciente apoteosis del blanco y el negro, sin elementos distorsionadores que impliquen detalles o anécdotas. Tanizaki buscaba el esplendor de lo invariable de los elementos cromáticos básicos: el blanco y su inmensidad y el negro y su insondabilidad. Tanizaki nos está refiriendo un paisaje libre de los convencionalismos del color, y una experiencia esencial. Lo esencial es lo básico, o lo principal, y se instituye en el territorio cromático que identifica al alma. Es aquello que constituye la naturaleza de las cosas: la sustancia, la parte principal de un territorio plástico –que en algunas culturas es el rojo y el negro–. Así, al igual que en diversas religiones el alma es la sustancia espiritual e inmortal, en el arte, su traslación cromática es el negro y el blanco (por eso su primacía en el barroco español o en la pintura abstracta de El Paso). El negro y el blanco son los colores permanentes y propios del alma de las cosas y, al mismo tiempo y paradójicamente, de lo telúrico (Ribera, Solana, Goya o Saura).

De la misma forma, en fotografía, el blanco y el negro identifican el paisaje de lo permanente, de lo invariable. Por ello Paco Fernández, en la exposición que nos ocupa, no recurre a ninguna otra referencia cromática. Las cosas o, en esta exposición, los personajes, no son distraídos por otro color, ni siquiera por elementos simbólicos o metafóricos, son ellos mismos en su invariabilidad, permanentes. El fotógrafo sólo se interesa por lo más importante del retratado, por aquello esencial y principal. Por ello, en su gesto natural y su actitud cotidiana, se profundiza en lo sustancial. Sus personajes están reducidos a su sustancia, a su aroma.

Si Tanizaki, en su libro, nos narra finalmente la decepción de encontrar el lago de Suma iluminado por farolillos de colores, donde ha sido destruida la esencialidad del paisaje original, el espléndido blanco y negro de la luna en el cielo y su reflejo en la lamina del agua, en la fotografía de Paco Fernández no sufrimos ninguna decepción: su universo fotográfico mantiene lo invariable, sin ninguna concesión al efecto, al truco o a la ocurrencia. Sus retratos continúan buscando lo permanente del retratado, lo esencial de su vida: su aroma.

Santiago Vera Cañizares
Director del Departamento de Pintura
Universidad de Granada

LA PERPETUA ORIENTACIÓN EN LA OBRA ARTÍSTICA DE FRANCISCO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ Y OTROS CURIOSOS ANTECEDENTES

Cuando se trata de captar interioridades y otros retales del mundo que nos rodea, manejando la luz como herramienta de expresión artística, lo mejor es acercarnos a la fotografía de Francisco Fernández Sánchez.

Suficientes retratos con poses singulares visten las paredes de la Fundación Rodríguez-Acosta, inundando, cargados de pensamientos y momentos vividos el creativo ambiente de la Institución.

Al finalizar el recorrido de los retratos captados por la cámara fotográfica, con detenimiento en estas o aquellas fotografías, surge inevitablemente la pregunta que responda la posible reciprocidad entre los personajes plasmados en el papel y los espectadores que impregnan, y a la vez son impregnados por los ademanes, poses y miradas de las imágenes. Surge inevitablemente la duda ante el propio retrato, en la búsqueda de identidad y reconocimiento de nuestras facciones y la capacidad que tienen las imágenes de desvelar nuestros pensamientos.

Francisco Fernández Sánchez es, desde hace un cuarto de siglo, Profesor de la Facultad de Bellas Artes de Granada. Profesor primero, y compañero posteriormente, se adscribe al Departamento de Escultura de nuestra Universidad, como podría haber quedado adscrito al de Dibujo, Pintura o Arte. Las primeras palabras que recuerdo versaban sobre luminosidad, sobre la fotografía norteamericana y sobre Louis Daguerre. Las enormes colas que se formaban en la primigenia aula-laboratorio de la asignatura de fotografía, cuatrimestral de tercer curso, no provocaban el más mínimo atisbo de pánico; al contrario, las buenas sensaciones de los estudiantes estaban generadas por la impresión de cotidianeidad y control que desprendía nuestro profesor Paco Fernández. Personas ordenadas en cola con un manojo de fotografías en blanco y negro, o con carpetas de trabajos fotográficos esperábamos los consejos y correcciones artísticas de nuestro profesor. Naturalezas muertas, desnudos, retratos, solarizaciones y otros temas y técnicas se mezclaban, durante aquel segundo cuatrimestre de tercero, con el manejo de cámaras réflex, a la par que flotaba en el aire la intención de adquirir una ampliadora de segunda mano y otros útiles, para montar en casa, en el cuarto de baño, un laboratorio de fotografía que nos permitiera hacer magia con papel emulsionado y luz.

Francisco Fernández, nuestro artista del Departamento de Escultura, se dedica a otro tipo de creación escultórica. Su escultura es diferente.

Profunda y tridimensional, se adapta a un espacio bidimensional y sale descaradamente de su marco. Es elocuente y directa, íntima y sosegada, fresca y reposada. La escultura fotográfica de Francisco Fernández está llena de color en blanco y negro. Desde un punto de vista cuantitativo,

atendiendo al sistema CIELab 1976, sus impresiones se posicionarían, preferentemente, en el cuadrante rojo-amarillo, o en el azul-verde. Con una clara tendencia hacia el centro de los ejes a^*-b^* , donde mejor se desenvuelven es en el eje de luminosidad. No se podría precisar la abundancia de valores en un sitio u otro del eje L^* , distribuyéndose armónicamente desde los más próximos al cero, hasta los situados junto al valor cien. En todo caso, el diálogo de sus fotografías y fuerza expresiva no necesita reflexiones cuantitativas y presentación de datos tabulados.

La fotografía de Francisco Fernández podría estar trazada con carboncillo y difumino. Sugiere una riqueza de contrastes y medias luces propias de una mañana soleada de invierno, pero también sugiere tardes de café y tertulia. Su escultura bidimensional atrapó la mirada de muchas personas y las perpetuó. En cierto modo, las miradas reflejadas en sus fotografías posibilitan una anhelada inmortalidad de los personajes y una segunda senectud mientras la emulsión pervive en el papel.

Los setenta retratos presentados por Francisco Fernández en su Oriente perpetuo hablan de Filosofía, Literatura, Arte, Ciencia y hasta Gastronomía. Reflejan, entre otras cosas, los momentos previos a la instantánea, la elección del lugar o las conversaciones entre artista y personaje. Muestran usos pasados y formas presentes, modas diferentes y espacios ocupados por otros. Muestran aires evocadores y ambientes plenos.

La exposición fotográfica es consecuencia de toda una carrera artística y de un incansable trabajo en el seno de la Universidad de Granada. El profesor devuelve a la Institución y a la Ciudad, una vez más, parte de su forma de ser y de entender la vida. Devuelve a la Universidad el ingente y obsesivo trabajo realizado en aras de fortalecer la fotografía como forma de expresión plástica: como forma de vida. Como involuntario homenaje, miles de fotografías, de otros tantos estudiantes egresados circulan por el planeta con la impronta artística del Profesor, a modo de herencia biológica transmitida de generación en generación.

El Departamento de Escultura de la Universidad de Granada se muestra orgulloso al contar con un Profesor de Fotografía de este nivel artístico, consciente de la gran labor realizada desde hace un cuarto de siglo y consciente del trabajo docente que le queda por realizar. Desde nuestro Departamento de Escultura no nos queda más remedio que felicitar y agradecer al compañero Francisco Fernández su Oriente perpetuo.

Jorge Alberto Durán Suárez
Director del Departamento de Escultura
Universidad de Granada

MÍRAME

El fotógrafo solo puede crear imágenes significativas si aprovecha de forma natural e inevitable las características propias de su medio poniéndolas en relación con su propia experiencia vital.

Paul Strand

El arte de retratar no depende de la observación a la persona retratada sino que nace en la más profunda intimidad del artista. Es una tarea laboriosa de introspección en la que el retrato surge de las experiencias que el propio artista proyecta en él. Para el fotógrafo Paco Fernández fotografiar es mirar y ser mirado. Sus retratados siempre le miran porque de forma sutil les va convenciendo de que el objetivo de su cámara es un espejo al que preguntarle *“quien es la más bella”*, siendo sus fotografías el resultado de un diálogo íntimo y misterioso que roza el límite de los sentidos.

Cuando sus personajes miran a la cámara se crea una complicidad que no existía previamente. El fotógrafo se convierte en el guardián de los secretos del espejo, del discurso del retratado cuando adquiere una actitud frente a la cámara de diálogo sobre sí mismo, sobre cómo es y cómo quiere que se le perciba al ver su imagen. La mirada de la persona fotografiada y las manos, como extensión de la mirada, se convierten para el fotógrafo en una ventana hacia su mundo interior. El mensaje que las manos y la mirada transmiten subyacerá en la composición de la imagen y tendrá un enorme peso en el resultado.

Paco Fernández asume en sus fotografías la responsabilidad de estar ocupando el lugar de todos y cada uno de los espectadores que se encontrarán después frente a ellas. Quizá por esta razón nunca renuncia a elevar a los cielos artísticos a las personas que fotografía convirtiéndolas en seres privilegiados del mundo del arte, habitantes de entornos sublimes –como el único escenario posible del retrato– y con aspectos asociados a los héroes y heroínas amados por los dioses. Los retratos de este artista cobran así una vida propia con capacidad para establecer un diálogo universal y atemporal sin necesitar de sofisticación o artificio añadidos.

Creo que estamos ante la muestra de un magnífico fotógrafo que posee los valores de los grandes retratistas de todos los tiempos: En sus retratos siempre está presente, acompañando, pero nunca robando protagonismo a sus modelos como personajes libres y creativos. Sus retratos no pretenden ser instantes de vida escogidos por él mismo, son autorretratos de sus pensamientos, sus preferencias, su sensibilidad artística, su forma de vivir y sus opiniones.

Asunción Jódar Miñarro
Directora del Departamento de Dibujo
Universidad de Granada

LA MIRADA FURTIVA DE FRANCISCO FERNÁNDEZ

El profesor Sánchez Montalbán me confía unas notas sobre Paco Fernández, notas que efectivamente me halagan tanto como me intranquilizan. ¿Qué decir del maestro Francisco Fernández separado de la crítica, que no corresponde, o el halago que su inteligencia enseguida rechazaría? En fin, todo principio es sombra, luego aparecen destellos de luz y matizan el tiempo elegido y el horizonte del hombre. Sí: parafraseando a Amos Oz, cada comienzo desea crear algo único, capaz de distinguir al enfermo del enfermero.

No es fácil, no, aproximarme a esta persona con porte de antiguo profesor y cuidado desaliño inglés que, después de un periodo veloz, sobre saltos, y no pocos éxitos, optó por la calma de Granada a la que considera una actual Florencia.

Sí: Granada tiene tanta complicidad en la obra de Fernández Sánchez como otrora la tuvo en la de Ángeles Ortiz, granadinos y jaeneses ambos. Tal es la memoria que avala la luz de esta poética de vida cotidiana y próxima; el olvido es sombra prolongada sin atisbo alguno de claror.

Francisco Fernández huye del diletantismo snob tanto como se acerca a sí mismo. Conoce qué resultado puede obtener moviendo de uno u otro modo el objetivo de la cámara y sabe modificar lo mirado a través de ralentizar el disparador. En este juego entre lo artístico y lo estético anda su mirada de furtivo cazador de imágenes, incuestionablemente moderna y, desde luego, dibujada para hacer visible lo sentido a través de dos exigencias: aplicación de rigor y búsqueda de variedad. Ambos aspectos tienen que ver con el afán de Francisco Fernández por fijar criterios y codificar las reglas que establecen el elogio de la luz, pero también, y acaso sobre todo, el de esa penumbra conducida hacia intensidades más oscuras que afirman y robustecen la lírica de sus criaturas fotográficas.

Para John Berger, lo visible empieza con la luz. Y en cuanto hay luz, hay sombra... La mano dibuja sombras en el blanco del papel. Efectivamente, todo dibujo es una sombra en torno a la luz. Así sucede en las imágenes de Paco Fernández, cuya mirada transitan por un territorio de intensa oscuridad que, sin embargo, dejan desvelado a través de un claror de terciopelo el asunto o motivo elegido. El fotógrafo mira, merodea, y después de muchas cavilaciones, decide el instante preciso de fijar la persona cruzando el cuarto oscuro de su cámara envuelta en una luz no exenta de ese "aura", para Walter Benjamin, huidiza, cuando no inexistente, en la obra seriada.

Sin embargo, las imágenes de Francisco Fernández parten del aliento de obra única. Leal a la decencia y a la forma recreada, la erudita mirada del artista, configura modos de homenaje a lo candeal tan finamente elocuentes como las cinco instantáneas del poeta Antonio Carvajal abrazadas como unidad.

Milan Kundera observa la más cimera obra de Proust separada de lo estrictamente autobiográfico. A mi ver, este fotógrafo andaluz, sin equívoco alguno, también suele situarse al otro lado de cualquier intimidación a la hora de condensar en un solo instante su percepción de los demás, habitando un espacio configurado por lo esencial, exento, claro es, de densidad y de colores que perturben este apretado haz de efigies nacidas de la memoria más cercana y, sin embargo, distante de este artista de valsada poética entreverada de sueño, registros de la memoria y realidad. Sí, probablemente de esa realidad tan acariciada por Juan Ramón Jiménez para hallar el nombre exacto de las cosas.

Miguel Viribay

DE FOTOGRAFÍA Y AMISTAD Y VICEVERSA

Los amigos de Paco Fernández tenemos una cosa en común y es la de haber compartido un espacio en su mundo más privado e íntimo, su archivo de negativos. Un archivo que en el futuro será su mejor legado pues Paco Fernández ha sido y es el cronista de su tiempo y del nuestro. Si se nos pudiera definir por nuestros amigos, aplicando aquello de dime con quién andas y te diré quién eres, encontraríamos decenas de definiciones diferentes y muy variadas de Paco, como ser humano, aunque creo que como fotógrafo, casi todas coincidirían en que hemos tenido la suerte de convivir en esta ciudad y en este tiempo a caballo de dos siglos con unos de los mejores fotógrafos de los últimos años, esos mismos años que hemos disfrutado de la magia de unas imágenes, en las que se alternaban las arquitecturas con el retrato, y a veces en una acertada combinación de ambos temas, en los que Paco Fernández ha destacado como pocos.

Pero es en sus retratos donde podemos ver la síntesis de su trabajo artístico. Sus modelos, son más que eso, pues siempre establece una relación cordial con todos ellos. En segundos capta lo que él considera que debe destacarse del modelo. Casi con la misma rapidez, sitúa al modelo en un fondo, que puede ser una simple textura, un fragmento de arquitectura, o un paisaje. A partir de ahí, con una precisión de orfebre, analiza la luz, su gran aliada, y delimita el espacio para la composición. Un espacio en el que no sobra ni falta nada, en el que todo está previamente estudiado por el ojo atento y educado de un hombre que sabe mirar para plasmar lo que ve en papel fotográfico. Pocos afortunados pueden contar la experiencia del revelado con Paco. Su reino es el laboratorio, esa cámara oscura misteriosa y sutil, en la que ejerce de mago de la luz, interpretando los tonos, jugando con la iluminación, doblegando los blancos, negros y grises, añadiendo y quitando aquí y allá, hasta dejar su sello en un retrato que todos reconoceremos como suyo porque las imágenes de Paco Fernández son inconfundibles. Como diría Antonio Carvajal: "Es imposible no reconocer un Pacofez".

Pero esta colección de retratos no se parece a ninguna otra de las anteriores, en las que los personajes procedían en su mayoría del mundo académico y el artístico. Aquí, esos mismos personajes vuelven a aparecer con el aspecto de quince o veinte años atrás, congelados en el tiempo, convertidos en clásicos, como en una de esas películas de la época dorada del blanco y negro. El contraste con los retratos actuales, algunos de ellos de apenas un mes, nos ofrece una lectura distinta porque la selección incluye a jóvenes artistas, políticos y gestores culturales y sobre todo personajes del entorno familiar. Esa combinación marca una diferencia, al tiempo que establece unos nuevos parámetros desde el punto de vista formal. Continúan siendo los retratos de Paco Fernández, pero la aproximación es distinta. Ese es otro de los atractivos de la exposición, el poder disfrutar de una serie de retratos hechos en el siglo XX, frente a esos otros más recientes de comienzos

de este siglo. Pero todos estos retratos tienen el común denominador del buen hacer, del oficio de un artista que ha vivido la fotografía con la pasión de un entomólogo experto que selecciona y luego coloca a sus personajes en el sitio más adecuado para sacar lo mejor de ellos mismos. Un artista siempre amable y cercano, amigo de sus modelos, a los que mima y a los que enseña a posar y mirar a la cámara, consiguiendo que unos pierdan el miedo al objetivo, y otros pierdan un exceso de seguridad, dejando a cada uno en el lugar que le corresponde.

Este testimonio en forma de exposición que Paco Fernández nos ofrece es una prueba de amistad, un ejercicio de esa cálida amistad, que Paco sabe ejercer como nadie, más allá del probado oficio y la calidad artística de este grupo de retratos, que hará disfrutar por igual a los personajes protagonistas y a los visitantes que suban a la colina de la Alhambra en estos luminosos días de primavera.

Juan Antonio Díaz López
Universidad de Granada

POSAR PARA UN RETRATO

Mi querido Paco: me piden que escriba unas letras sobre ti y tu cámara, sobre cómo fotografías y lo que estos retratos suponen para mí. Es lo último que yo hubiera querido escribir, pero me doy cuenta que es necesario que alguien empiece a decir algo de lo que todos han considerado en algún momento.

Siempre me ha intrigado saber qué franqueará tu cabeza cada vez que, tras tu cámara, sometes a un interrogatorio visual a cualquier persona que retratas. Sabes de sobra que la imagen de uno mismo genera desasosiego emocional en el representado, por lo que es común que fotógrafo y modelo acuerden suspender la realidad de la persona y reflejar en la imagen el aspecto que adopta el comitente. Es seguro que los miles y miles de retratos fotográficos que se han hecho durante un siglo y medio, y los que continúan haciéndose ahora, no son otra cosa que fragmentos congelados de reflejos fugaces de miedos e inquietudes.

En el antiguo mito de Narciso están recogidas todas las razones de la fascinación y del horror que siempre han provocado la imagen propia en el hombre. Sin embargo, son muchos los que, inexplicablemente, han querido someterse al encierro que tú haces de su naturaleza humana en un receloso reflejo de su ser. Todo por una imagen plana, ficticia, y que sólo existe realmente en el momento de realizar la fotografía. Bajo la ilusoria idea de permanecer en la memoria, posan y gesticulan frente a la cámara siguiendo un aparente modelo espontáneo y desenvuelto. Y su memoria se separa del resto, y del tiempo. Y concretan así esa pesadilla baudeleriana de una inútil duplicación del mundo, pesadilla que parece haberse convertido en la obsesión principal de nuestra época. Son el síntoma de una gran inquietud. El intento imposible de escapar de la muerte y el olvido.

Y creen haberlo conseguido sólo por el simple hecho de ponerse ante ti. Creen haber conquistado la perpetuidad gracias a la actitud auxiliadora y desinteresada que muestras.

Pero yo sé que no es cierto. Ya no puedes obligarme a callar –convirtiéndome en cómplice– ante el modelo desarmado que se te entrega, tímido o, al contrario, falsamente desenvuelto, asustado ante las fuerzas invisibles que vagarosas se agitan entre tu ojo y el objetivo de tu cámara. Sólo tú sabes que el retrato está ya hecho antes de la primera sesión de pose, y que todo tu trabajo se resume en disfrazar lo que aparentemente no puede ser mostrado y que, sin embargo, tan sutilmente muestras.

De algún modo concuerdo con los indígenas que se negaban a ser retratados por temor a que les robaran el alma, no porque tema el hurto sino por la axiomática certeza de que en la imagen fotográfica queda capturada la quintaesencia de cada uno. La exteriorización de los sentimientos

va tallando anatómicamente a la persona y terminan contando una historia. Una historia que queda marcada sobre su efigie. Para unos es la constatación de su devenir. Para otros, se convierte en un recurso en los momentos de cambio o una salida de convalecencia. De alguna manera, para todos, es el fruto de la soledad.

El resultado es histórico, no mítico. Les muestras un estadio físico determinado, un rostro, una apariencia sucesiva que es ya una configuración de su propia extinción, en cuanto que su imagen presupone su destrucción. No cabe otra posibilidad. No dejas otra posibilidad.

[...]

Perdóname, Paco. Sabes que el que escribe no es sino el reflejo de mi reflejo en el pentaprisma de tu cámara. Estaba seguro que algún día me engañarías a mí también. No en vano, y a pesar de la permanente insatisfacción que pueda producir el hecho de que me retrates, sigo de algún modo, como el resto, aspirando a dejar una huella –mi rostro– en la memoria de los hombres.

Y para aquellos que ya engañaste, ese retrato suyo es como si hubiera existido siempre. Otro él más fiel que el propio él de ayer, porque éste ya no es visible y el del retrato sí.

Siempre tuyo.

Rafael Peralbo

“SE NOTA QUE TE GUSTA LA FOTOGRAFÍA”

Una de esas desconcertantes, aunque no siempre inoportunas, “crisis de vocación” me llevó a abandonar mi anterior profesión e ingresar en la Facultad de Bellas Artes, para empezar de cero, allá por el año mil novecientos noventa y cinco. Ya se sabe, a veces el corazón acaba imponiéndose sobre la cabeza. Lo único que tenía claro por entonces era que quería pintar, mi asignatura pendiente desde pequeño. Así lo hice y, con los años, fui encontrando la paz conmigo mismo.

Al llegar a tercer curso conocí un personaje singular, que llegó a cambiar mi errática trayectoria. Recuerdo perfectamente el primer día de clase con un tal Francisco Fernández Sánchez, el profesor de Fotografía del grupo al que yo pertenecía. Curiosamente, me pareció que tenía aspecto de fotógrafo, como la estampa de aquellos arquetipos sociales de August Sander, según su profesión: con gafas cuadradas, bigote recortado, chaleco y una cámara réflex de 35 mm en las manos; su tono de voz y su expresión, propias de un anunciante publicitario. Hizo una presentación del curso sumamente eficaz, basando su exposición en los trabajos realizados por el alumnado de cursos anteriores. Los proyectos que mostraba, con orgullo y satisfacción, representaban los atisbos de cierto estilo personal y madurez prematura en algunos estudiantes que pasaron por su aula, lo cual resultaba llamativo para cualquier principiante. Mientras mostraba cada fotografía sabía encontrar el adjetivo exacto para definirla. Lograba transmitir un entusiasmo por este medio, nuevo para mí, que no había percibido antes en otras materias de la Facultad. Aquella introducción resultó ser una experiencia realmente motivadora y tuvo sus derivaciones futuras.

También recuerdo con agrado el ambiente de aquél laboratorio del sótano: apenas iluminado por una luz roja; como en un submarino, pero con olor a hiposulfito sódico y; como melodía de fondo, un chorrito de agua cayendo, cual patio andaluz, mientras algunos primerizos observábamos absortos la aparición progresiva de una imagen sobre el papel sumergido en extraños químicos. “La magia del cuarto oscuro”.

Pocos días después entré en su despacho para mostrarle mis trabajos de clase. Iba un poco nervioso, la verdad, porque no tenía experiencia fotográfica alguna. Tan pronto como detectaba mi inseguridad de planteamientos encontraba mis mejores cualidades. Aquél profesor sabía escuchar y estimular en cada momento. No sólo captó mi atención e interés, sino que empezó a ganarse mi respeto. Gracias a sus comentarios comencé a comprender los principios compositivos básicos. Además, aprendí la lección más simple y, a la vez, importante en esta disciplina, el distinguir una obra fotográfica de una mera fotografía, algo clave para entender y llegar a dominar este arte. No se cómo lo hizo, pero logró cambiar mi perspectiva de trabajo.

Su seguridad al examinar aquéllos negativos, sobre la mesa de luz y escoger *ipso facto* los que merecían la pena, me parecía proverbial. Hacía pensar en un tipo de visión especial, como si pudiera ver lo contrario a lo que tenemos frente a nuestros ojos.

En alguna otra ocasión pude admirar su obra, mientras trabajaba en el taller. Sus clichés en blanco y negro me resultaban imponentes a simple vista y las copias que positivaba eran una lección de fuerza y elegancia; de composición armoniosa y magistral, siempre a negativo completo, de gran riqueza tonal y contraste adecuado. Sus fotografías de arquitectura, como las del Carmen Rodríguez-Acosta me dejan cavilando, resultan eurítmicas; pero, los retratos, sorprendentes, me impactan. Su luz, la actitud natural, el gesto que caracteriza al individuo, el porte y la distinción, el entorno ideal escogido para cada persona, el encuadre, la escala de grises... Basta decir que hay algunas veces (no demasiadas) en que uno tiene la certeza de reconocer una obra de arte, y éste es el caso. Es entonces cuando surge la admiración.

Francisco Fernández se formó nada menos que en la *New England School of Photography* de Boston, entre algunos de los más grandes fotógrafos que en el mundo han sido. Con decir que recibió lecciones de Ansel Adams, Harry Callahan o Minor White, entre otros, puede uno hacerse a la idea de su educación artística. Realmente nos inculcó el respeto por la profesión: desde la pulcritud al presentar nuestras imágenes, sin una sola mota de polvo y usando guantes de hilo blancos al cogerlas, hasta enviar una copia a cualquier desconocido capturado por nuestra cámara que así lo solicitara.

Haciendo lo que hace sorprende su humildad. En alguna ocasión, cuando percibe que te gusta mucho una de sus fotografías, la firma al dorso para regalártela, lo cual te deja totalmente descolocado. Es bien generoso.

Siempre piensa en su pueblo natal, al que adora, y éste, Torreblascopedro, se siente orgulloso del artista que viera nacer, levantando un museo dedicado a su obra. Es hermoso que te quieran y aprecien lo que haces.

Un día me atreví a pedirle que me hiciera un retrato. Me citó en el Carmen de la Fundación Rodríguez-Acosta y me situó en diversos rincones de sus jardines majestuosos. Varios días después me entregó una serie de retratos tan excepcionales que estoy seguro de no volver a tener otros similares. Me parecen simplemente insuperables. Se de qué estoy hablando.

Mi interés por la fotografía fue creciendo apresuradamente hasta atraparme por completo. Paco me enseñó la importancia de creer en tí mismo como ningún docente lo había hecho antes. Aquél mismo año conseguí el premio de fotografía de la Fundación Federico García Lorca y la Universidad de Granada, precisamente cuando se cumplía el centenario del nacimiento de nuestro poeta universal. Después de esto comenzaron mis primeras exposiciones personales.

En mi último proyecto, el de fin de carrera, quise presentarle algo digno de sus enseñanzas. Durante varios días estuve esperando, al amanecer, en el silencio imponente del desierto de Tabernas, la aparición de los primeros rayos de luz solar sobre una ciudad de cristal. Se trataba de *Helióstatos*, "los espejos del sol", una especie de megalópolis futurista ubicada en medio de la nada. Las fotos lla-

maron la atención al entonces director de la innovadora plataforma solar, quien mostró su interés por la idea propuesta. Mi profesor, por su parte, no sólo apreció el trabajo sino que llegó a desplazarse hasta Almería, para presentarlo y defenderlo ante el Instituto de Estudios Almerienses de la Diputación Provincial, así como ofrecer la posibilidad de exponerlo y publicarlo. Lo consiguió.

Después de todo aquello, seleccionaron mi portafolio en PhotoEspaña, y luego vinieron otras satisfacciones.

Actualmente soy profesor de Fotografía en la Escuela de Artes y, cada año al empezar el curso, me acuerdo de aquélla presentación que hiciera Francisco Fernández. Intento motivar a mi alumnado como él sabía, exhibiendo las mejores fotografías de quienes les precedieron en otros cursos y mostrándoles lo que ellos mismos pueden llegar a conseguir. Ciertamente funciona, lo vengo comprobando desde hace tiempo.

Esta mañana he ido a la Facultad a visitarlo. Hacía seis años que no lo veía. Demasiado tiempo ocupado con mis circunstancias laborales y familiares, aunque bien es cierto que no he dejado de acordarme de él. Sentí cierta emoción y algo de vergüenza al tardar tanto en volver a verlo, y así se lo he dicho. Paco me ha recibido como siempre, afectuosamente. Le he dado un fuerte abrazo.

Cuando llegué, la zona dedicada a Fotografía había cambiado de lugar, ahora se ubicaba tras el pabellón de Escultura, en un moderno y espacioso edificio dedicado a las "nuevas tecnologías". Mientras andaba buscándolo pude apreciar el diseño luminoso de su interior, con magníficas instalaciones y equipamientos. Finalmente lo encontré sentado junto a unos alumnos, seleccionando unos retratos en la pantalla de un "Mac". ¡Cómo han cambiado los tiempos! Para mayor sorpresa, estaba observando uno de la serie que me hizo aquél día en la Fundación.

Monti, otro de los profesores de Fotografía, también se ha alegrado de verme (el sentimiento es mutuo). Poco antes de irme me ha dicho que van a inaugurar, dentro de dos semanas, una gran exposición de retratos realizados por Paco y quiere que escriba algo sobre mi experiencia con él, durante aquélla inolvidable época en la Facultad. No me lo esperaba. Es un auténtico honor dedicarle estas palabras.

Francisco Fernández Sánchez es un profesor, amigo, artista y un referente importante para quienes lo conocemos. Cambió el rumbo de mi vida. He alcanzado mi sueño particular, como él me enseñó.

Gracias por tu actitud, estimado Paco. Es un privilegio conocerte. Hoy puedo hacer lo que más me gusta: enseñar Fotografía y crear fotografías.

Evaristo Cabrera
Tu alumno



Cuando te dibujo sé mas de ti...
y me gusta lo que descubro.
Anuncián Jodar
2011

UN ORIENTE PERPETUO
(EL FOTÓGRAFO Y SU MODELO)

Para Francisco Fernández

¿De qué fruto de sombras
-no necesaria angustia-
brota esa risa a penas
contenida que te abre
niño otra vez al mundo
brotando de una fuente
temporal sin medida,
desmedido en el cerco
mineral de los días?
Fósil la escena, un halo
de niebla en luz fingida
te ciñe y, más concreto,
tu sentir agolpado,
sin curso tus ideas,
tu bienestar instalas
como insulto en un orbe
donde el dolor triunfa
con ofrendas de sangre.

* * *

No acumules la piel
a más piel, no levantes
el rumor de los pulsos
al nivel de la risa.
Detén tu gesto. Mírame,
no a los ojos, al sueño
de ti que quiero fruto
de la luz mientras hondo
por mis ojos te buscas
y no te encuentras y
tropiezas con tus horas

que fueron y que quieren
seguir siendo y acaso
ya he fijado por siempre
en este instante inquieto
que no fue pero ha sido
y está siendo y se queda
inciso en luz, su palpito.

* * *

¡Maravilla concreta
de la edad, la sonrisa
no forzada, emanada
de un gozo, de un reposo
momentáneo y durable
porque la luz lo fija
como oriente perpetuo!
¿La luz? Sí: la mirada
de tú, pues tú te llamas,
quien me ves, otro nunca.
Tú, quien vuelcas mi imagen
orlada por un mármol
ovalado, con focos
gemelos y latentes
al resplandor de un mundo
que se ciega en sí mismo
sin entender la noche
donde boga en silencio
mi yo con su sonrisa.

* * *

Tienen los labios húmedos
melodías que el ojo
como sabor percibe
de un mundo que maduro
cuanto en fruto promete

disfruta en flor, mas vibra.
Entre tú y yo tendido
queda el instante absorto
melancólico y lúcido
y a la vez succulento
de miradas futuras,
de palabras no dichas
entre pudor y velos.
O celos. Que si el aire
de un suspiro se quiebra
puede trazar sonrisas
donde gemidos hubo
y habrá, pero se quedan.

* * *

No rías. La inocencia
del niño que aún conservas
desbordará tus labios
y sobre el mundo y sobre
los recuerdos un halo
de pasado sin horas
velará a quien palpita
frente al ojo que observa.
¿Te ves en mis pupilas
duplicado? ¿Conoces
tu verdadera imagen
en la doblez curvada
de la lente? ¿Objetivas
tu conciencia y te sabes
quien eres pues te miro?
Mírame. No te rías.
Y tus manos reposen
a la par de tus labios.

Antonio Carvajal

Detente, corazón

Para Paco Fernández

Detente, corazón,
en el vigoroso instante de la luz.
Encara con valor
al cíclope y deja que robe tu nombre.
Confía; nada temas
de su maquinaria sutil de poeta
y traductor de almas.

Perseguidor de lunas,
rastreador de pájaros ojos adentro,
cazador que desvelas
la chispa de amor rendido de tus presas,

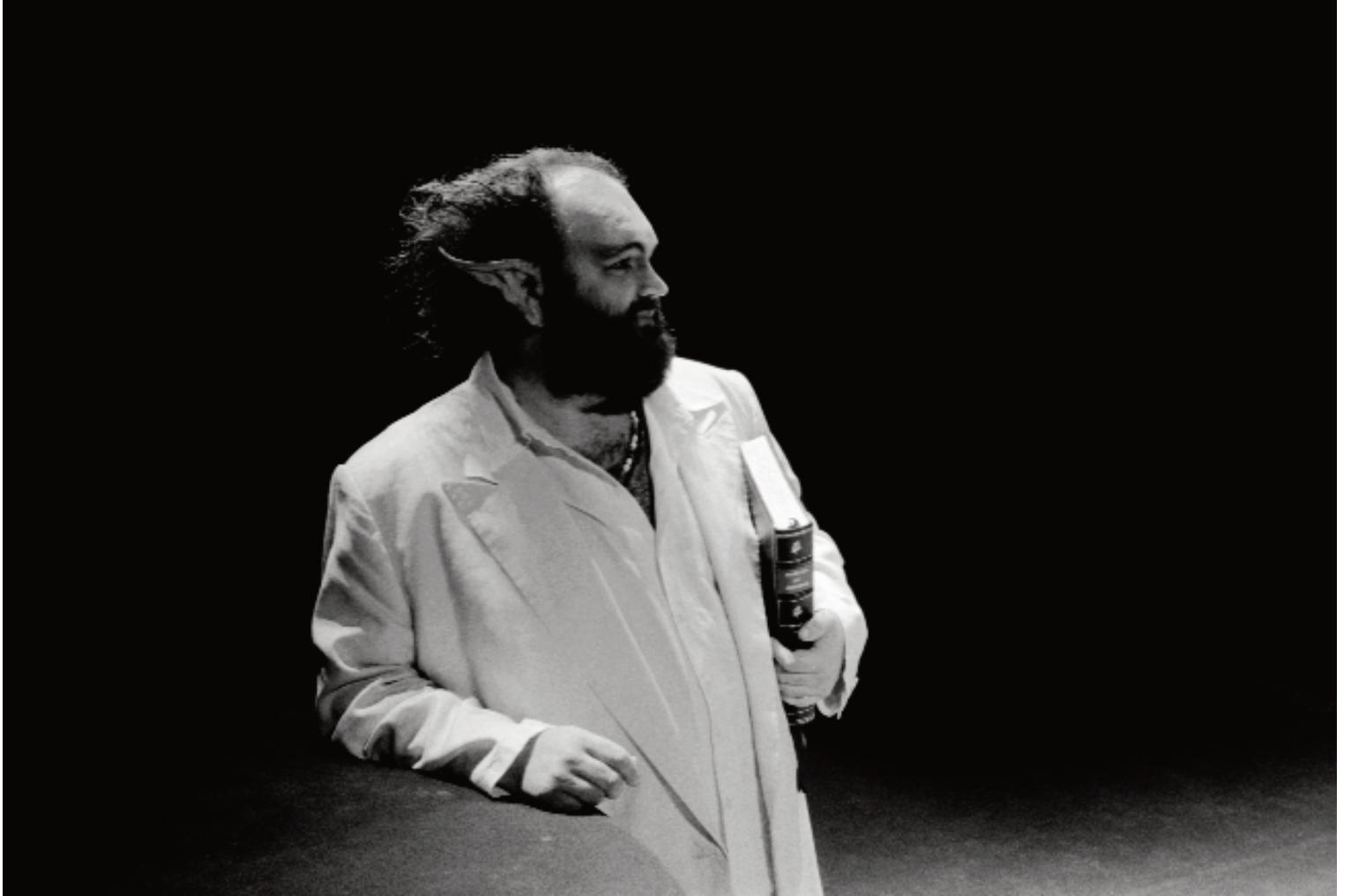
dispara.

Alberto Soler

FOTOGRAFÍAS



Agustín Morales Alguacil



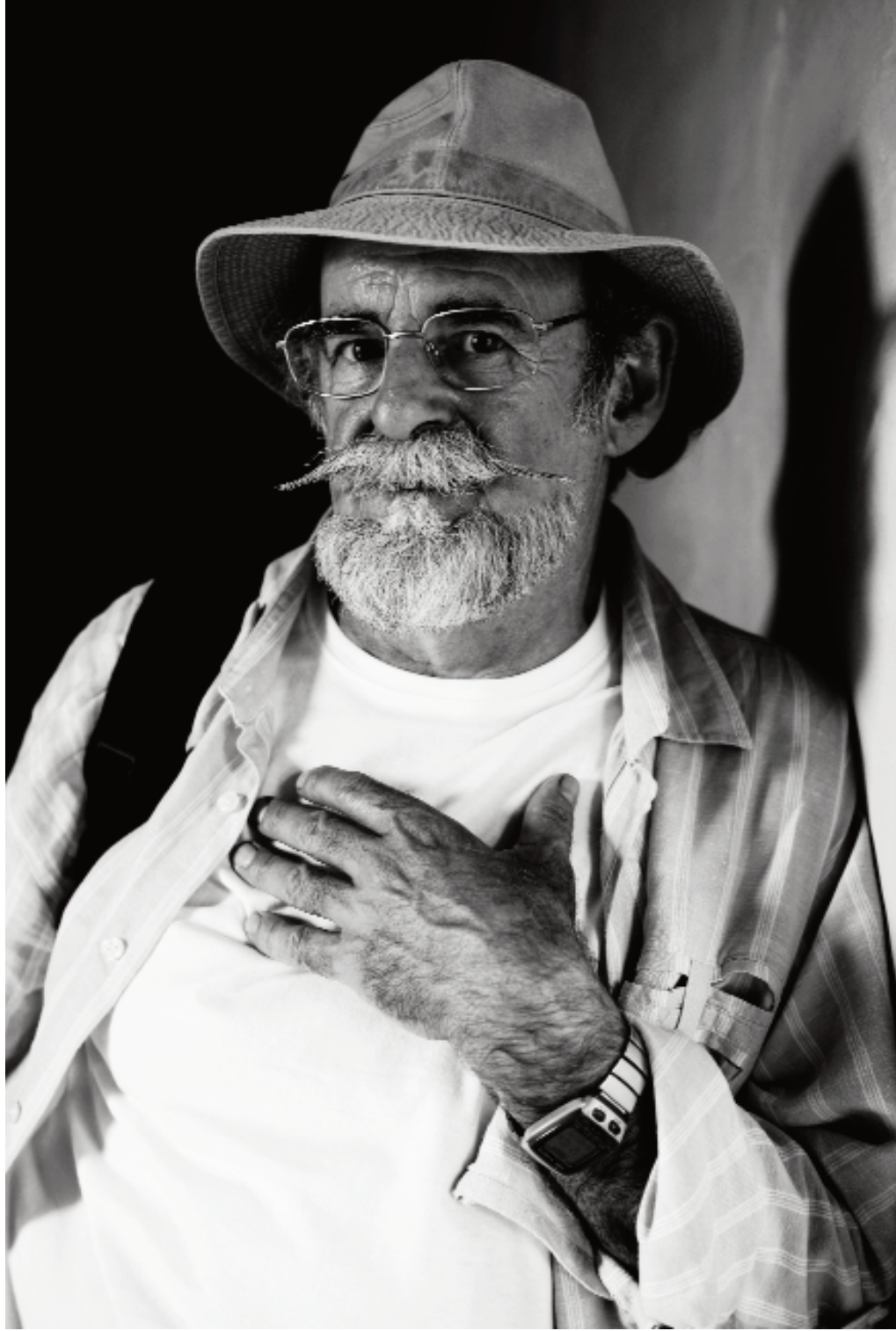
Alberto García Demestres



Alberto Soler Soto



Alejandro Gorafe



Alfredo López López



Ana Sola Rodríguez-Acosta



Ángela Olalla



Antonio Aguado



Antonio Bernina



Antonio Carvajal



Antonio Ramos



Antonio Ruiz



Antonio Torres



Asunción Jódar



Carlos Bruzón



Cayetano Aníbal



Cristina Rodríguez-Acosta



Curro Albaycín



David Aguilar



Diego Morales



Dionisio Venegas



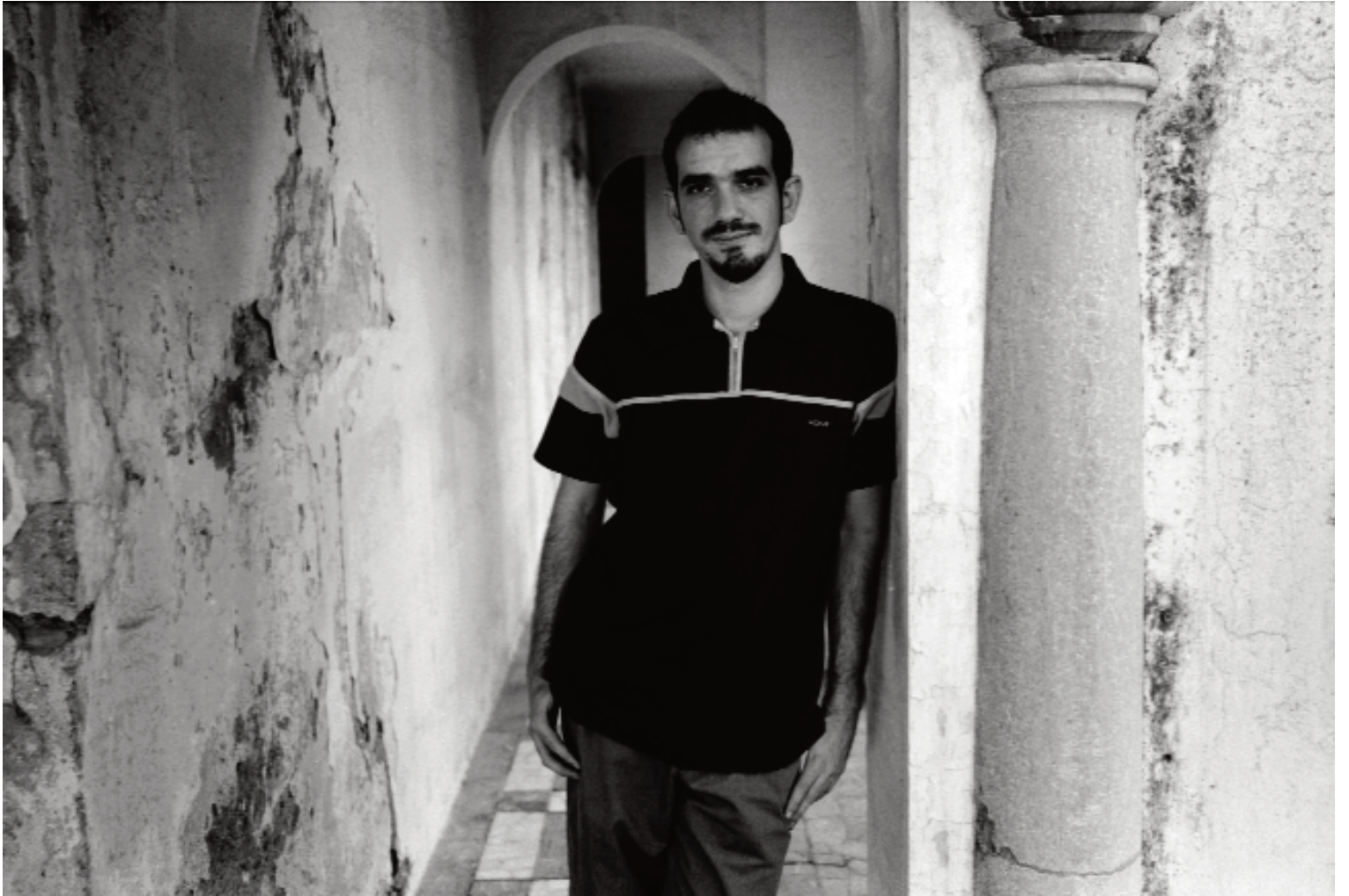
Elena García de Paredes



Enrique Gámez



Evaristo Cabrera



Francisco José González Olivares



Francisco José Sánchez Montalbán



Francisco Javier Leal



Francisco García Pomet



Francisco González Lodeiro



Gregorio García



Gregorio Salvador



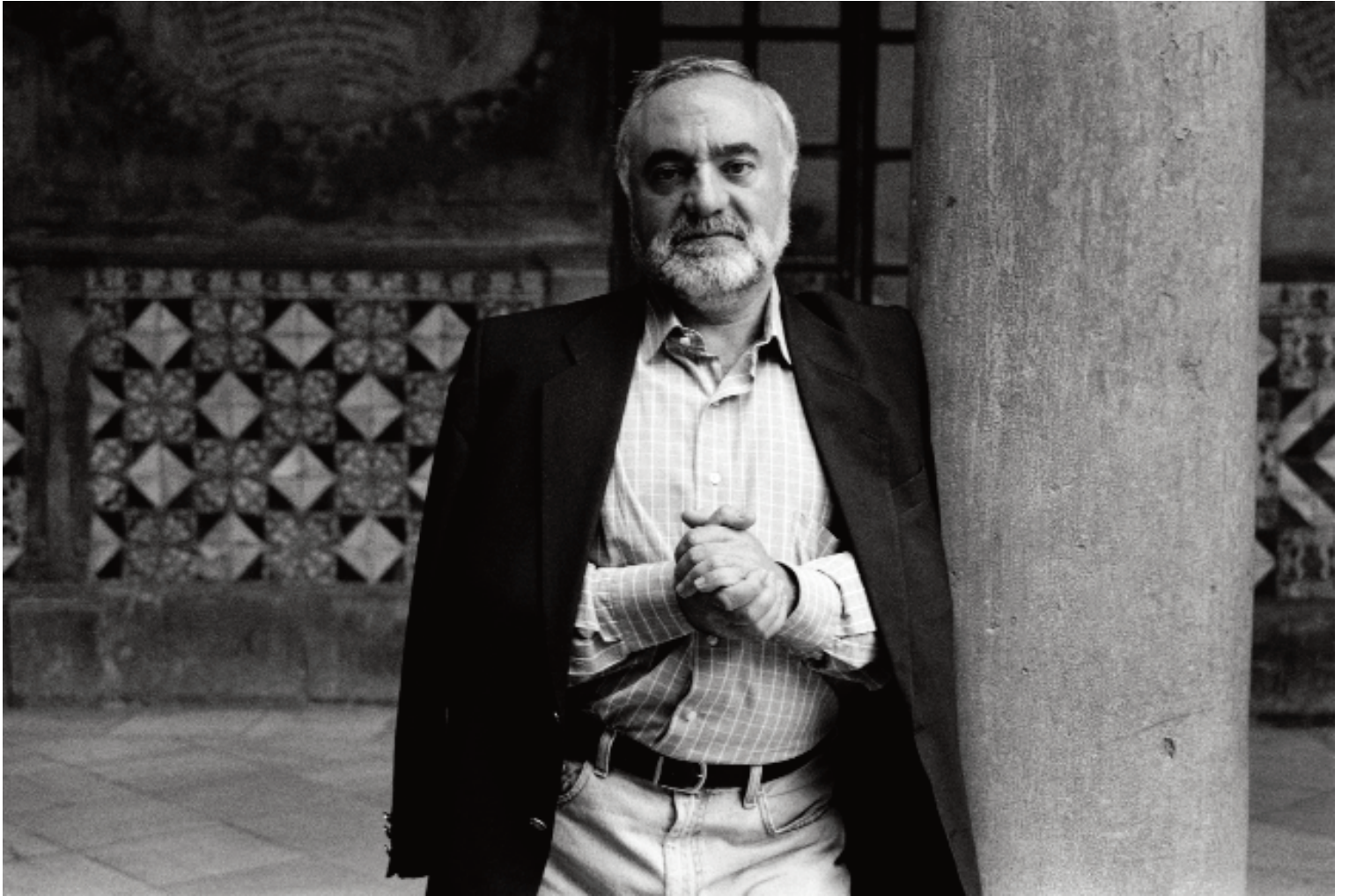
Guillermo González



Hermógenes Ruiz



Ian Gibson



Ignacio Henares



Inmaculada López Vilchez



Jesús García Calderón



Jorge Alberto Durán



José Cabrera



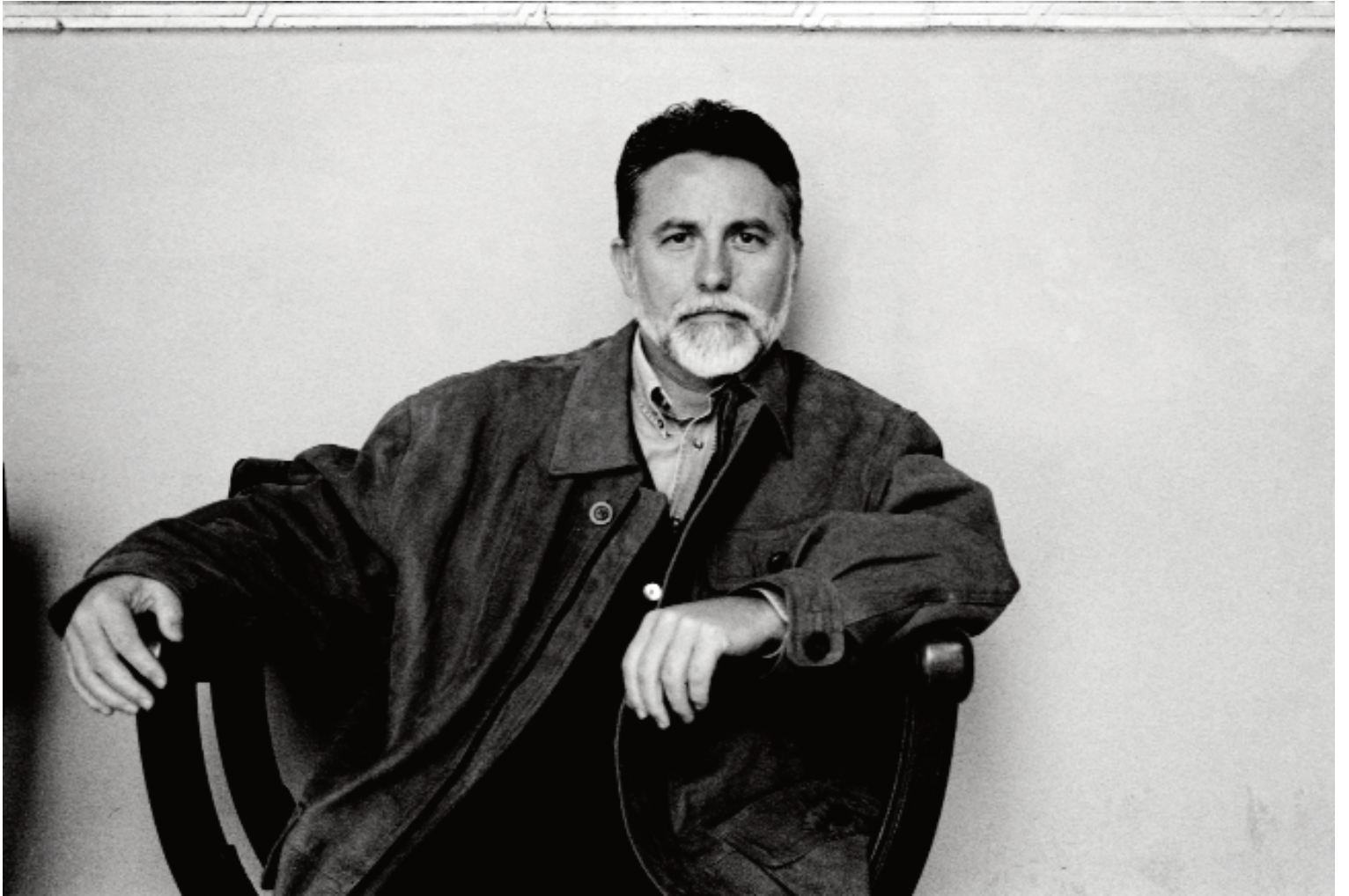
José Ibáñez



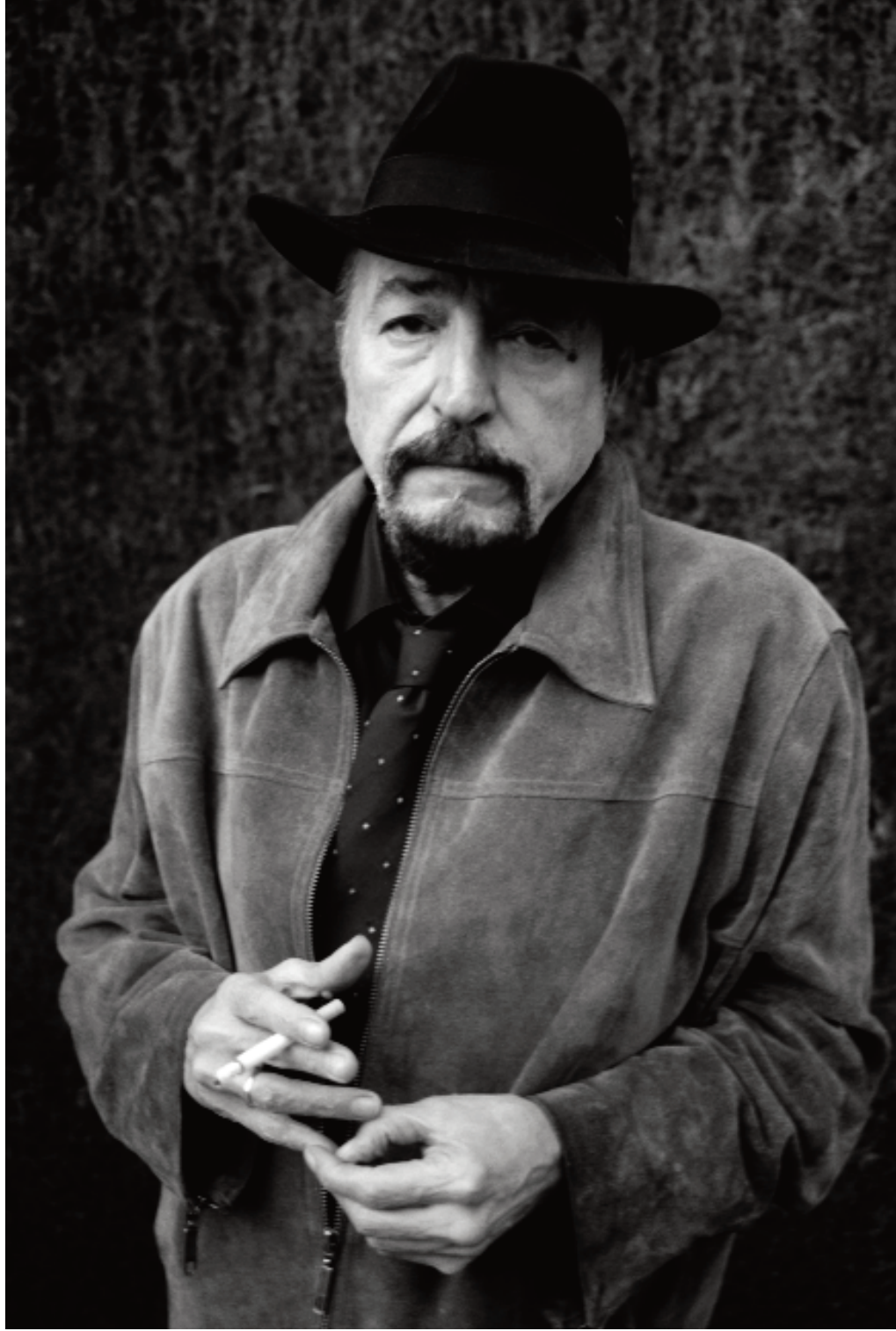
José Manuel Peña



Juan Antonio Baños



Juan Antonio Díaz



Juan Carlos Rodríguez



Juan Martínez



Juana Olmedo



Laura García-Lorca



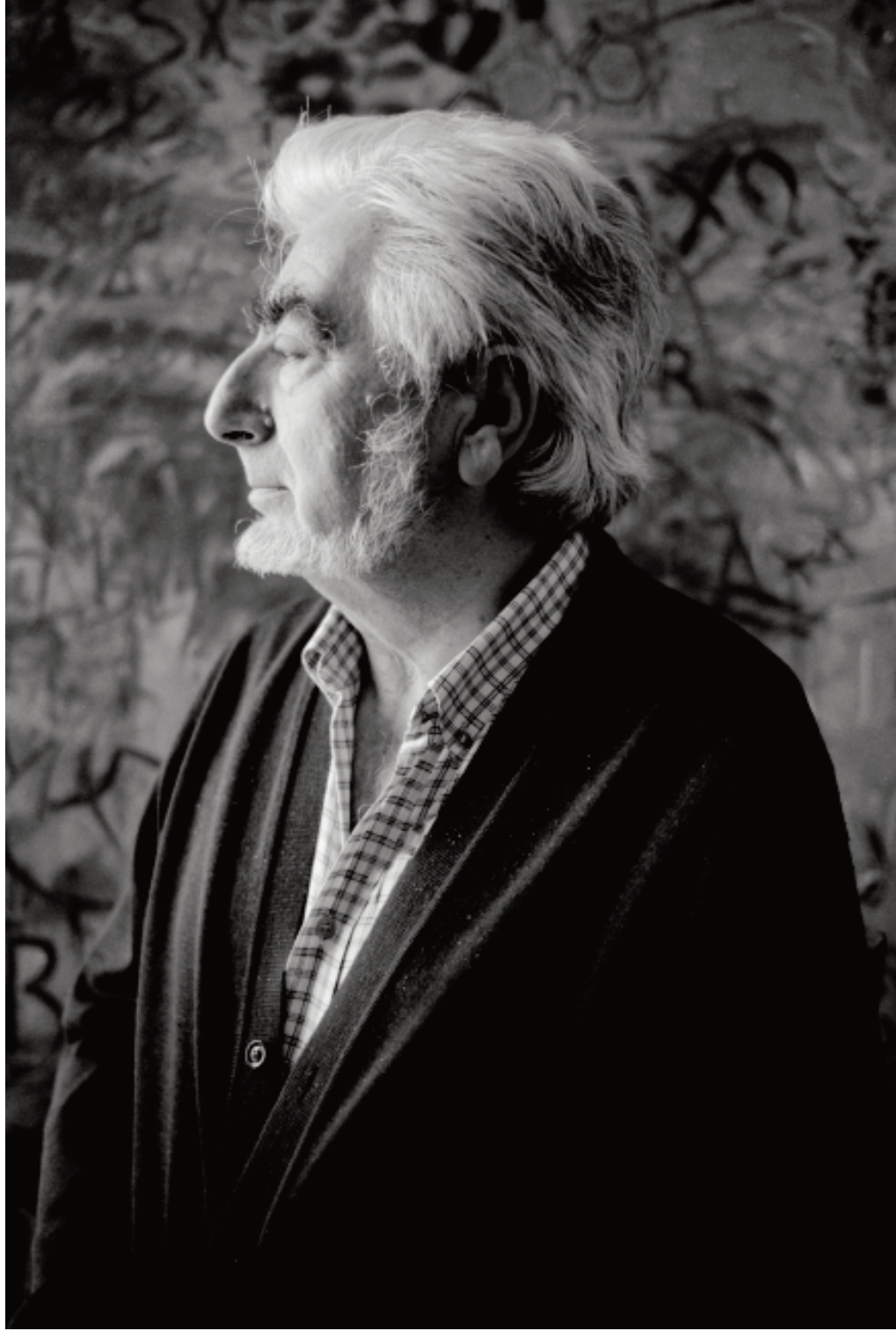
María Elena Martín-Vivaldi



María del Mar Villafranca



María Teresa Martín-Vivaldi



Manuel Urbano



Manuel Villar Raso



Maram Al-Nasri



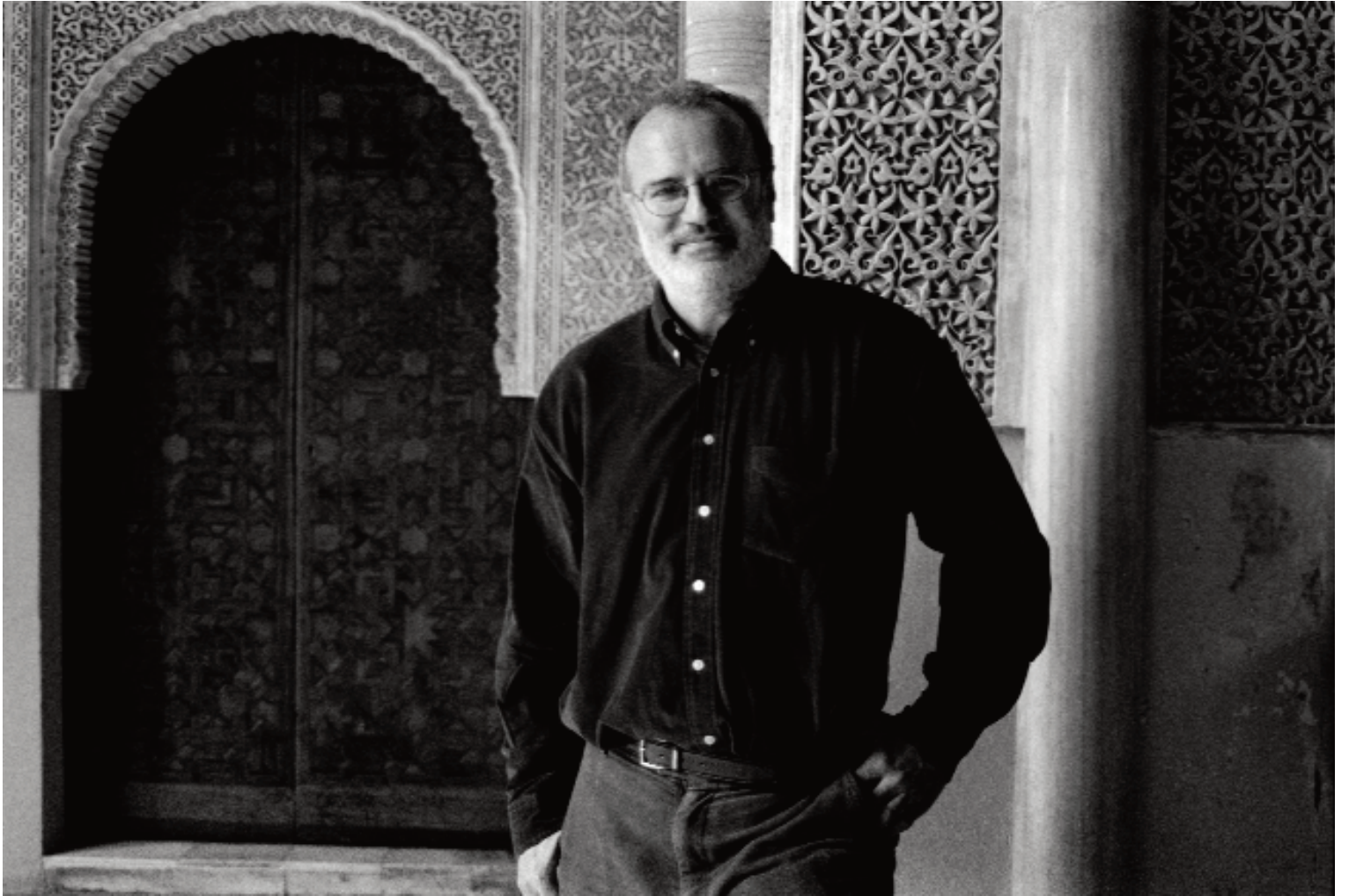
María Fernández



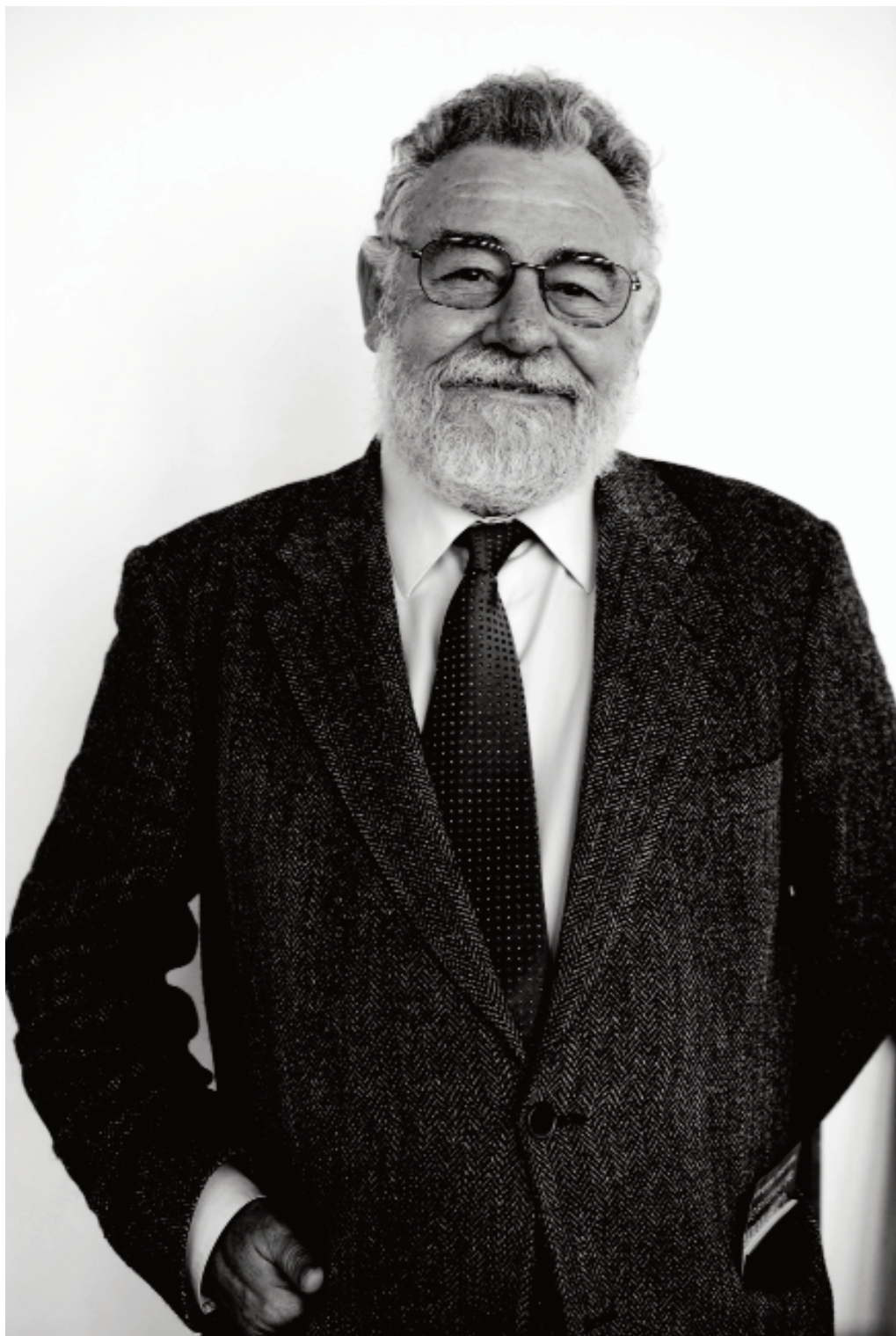
María José Martínez Justicia



María José Osorio



Michael Jacobs



Miguel Gómez Oliver



Miguel Rodríguez-Acosta



Miguel Viribay



Moschos Morfakidis Filactos



Nani Biedma



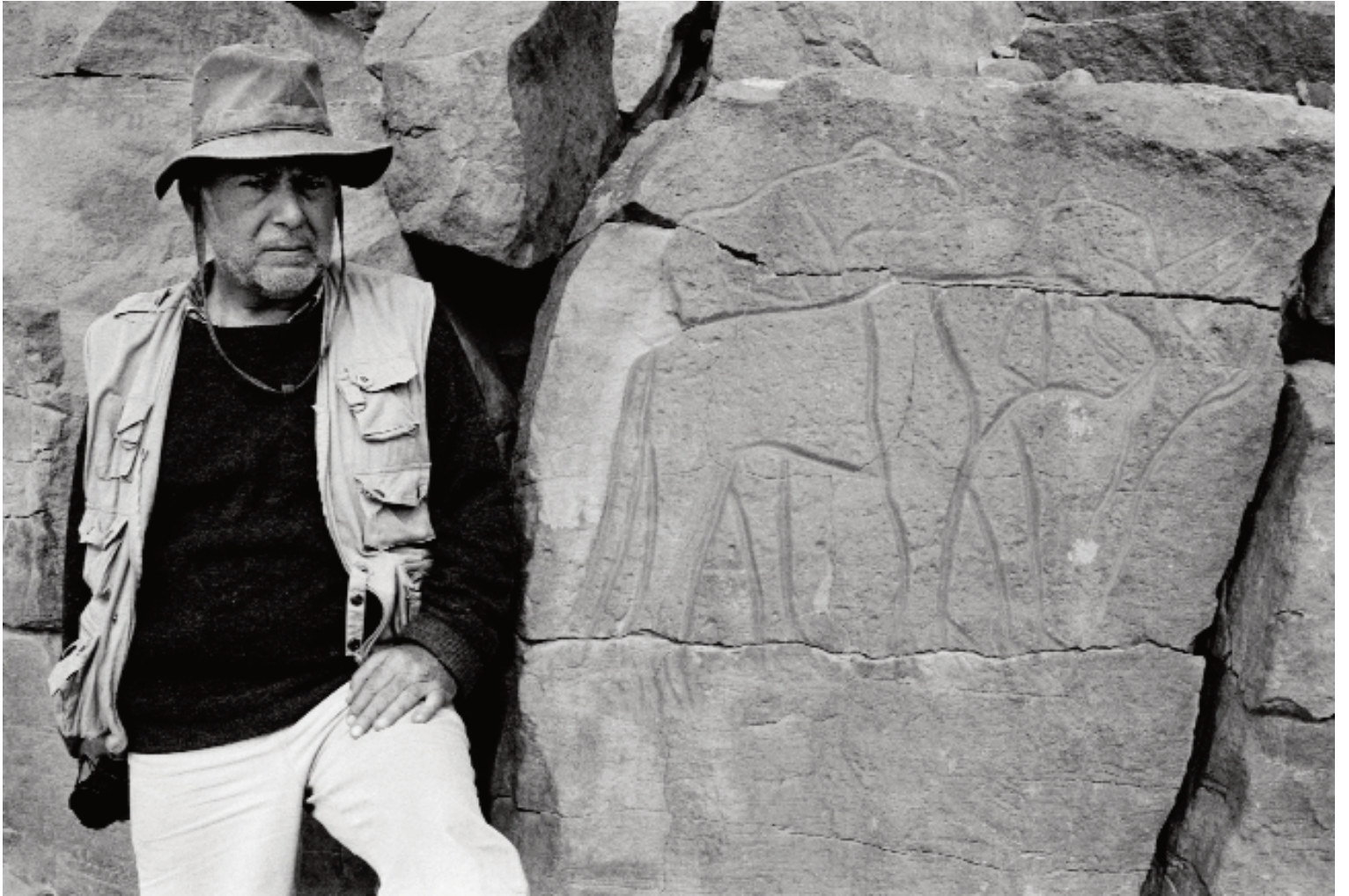
Pedro Osakar



Pilar Aranda



Pilar Carrasco



Pompeyo Aparicio



Rafael Moneo



Rafael Peralbo Cano



Ricardo Anguita



Ricardo García



Ricardo Marín



Rosario García Morales



Rosaura Álvarez



Santiago Ydáñez



Seija Ulkuniemi



Tony Parra



Víctor Trejo



Wafa El Saddik



ugr

Universidad de Granada
Vicerrectorado de Extensión Universitaria
y Cooperación al Desarrollo



CENTRO
DE CULTURA
CONTEMPORANEA
Universidad de Granada



Editorial Universidad de Granada



FUNDACIÓN
RODRIGUEZ ACOSTA



Instituto Andaluz de las Artes y las Letras
CONSEJERÍA DE CULTURA



centroartecontemporáneo
francisco fernández
torreblascopedro